

CONFIGURACIÓN DEL PERSONAJE ARTÚRICO Y CRONOTOPOS EN LOS *ROMANS* DE CHRÉTIEN DE TROYES.

Santiago Gutiérrez García
Universidad de Santiago de Compostela*

El personaje del caballero artúrico, protagonista de los relatos de Chrétien de Troyes, asume buena parte de las novedades ideológicas de las que es portador el género del *roman*, cuya eclosión debe relacionarse con la revolución cultural e ideológica del siglo XII. De este modo, la decisión salir a los caminos en busca de aventuras entronca con un cambio en las concepciones temporales del hombre medieval, más favorable a las incertidumbres y los cambios del futuro, que se resuelve, desde el punto de vista narrativo, en la configuración de dos cronotopos complementarios, cuya interacción resulta determinante para el desarrollo del relato.

Il personaggio del cavaliere arturico, protagonista dei racconti di Chrétien de Troyes, assume molte delle novità ideologiche presenti nel genere dei “roman”, la cui eclosione va rintracciata nella rivoluzione culturale e ideologica del dodicesimo secolo. Così, la decisione di partire alla ricerca di avventure si collega a un mutamento nel concetto che l'uomo medioevale ha della temporalità; un concetto più favorevole alle incertezze e i cambiamenti del futuro. Questo si risolve, da un punto di vista narrativo, nella configurazione di due cronotopi complementari, la cui interazione determina lo sviluppo del racconto.

Los estudiosos de la materia de Bretaña suelen vincular el surgimiento del *roman* artúrico a la figura de Chrétien de Troyes¹, escritor champañés que floreció en la segunda mitad

* **Dirección para correspondencia:** Universidad de Santiago de Compostela, Facultad de Filología-Campus Norte, Avda. Castelao s/n, 15782 Santiago de Compostela.

1 Sobre la figura de Chrétien de Troyes hay una muy abundante bibliografía de la que, por su cantidad, apenas si se puede destacar una serie de estudios básicos. A este respecto, vid., entre otros, R. R. Bezzola, *Le sens de l'aventure et de l'amour (Chrétien de Troyes)*, La Jeune Parque, París, 1949; G. Cohen, *Chrétien de Troyes et son oeuvre*, Boivin, París, 1931; J. Frappier, *Chrétien de Troyes. L'homme et l'oeuvre*, Hatier, París, 1957; R. S. Loomis, *Arthurian Tradition*

del siglo XII. Aun cuando una eclosión como la que protagoniza este género narrativo nunca se origina *ex nihilo*, nadie duda de que fue Chrétien quien estableció unas pautas estilísticas fundamentales, que mostraron su operatividad durante los siguientes ciento cincuenta años. Su magisterio, asumido de forma más o menos consciente por los narradores que, a partir de entonces, construyeron sus ficciones en torno al eje temático de la corte artúrica, demuestra hasta qué punto fue su pluma la que forjó un modo de narrar².

La novedad de los esquemas narrativos que consagró Chrétien se revela en numerosos aspectos, si bien destaca, por encima de todos, la concepción del héroe de este tipo de obras, el caballero errante⁴. Este personaje buscaba el perfeccionamiento moral a través del amor y de la proeza caballeresca, componentes entre los que se establecía una relación conflictiva, cuyo desequilibrio desembocaba en el olvido amoroso -véase el caso de Yvain- o en el olvido de las armas o *recreantise* -tal como le sucedía a Erec-⁵. El caballero estaba obligado a abandonar periódicamente las relaciones sociales para partir en busca de aventuras con las que poner a prueba su condición de guerrero y, al tiempo, prestar un servicio a la comunidad con el restablecimiento de la justicia a su paso⁶. Su deambular, la *errance*, se configuraba como una auténtica búsqueda o *queste*, a través de la cual el caballero perseguía el ideal de la purificación espiritual.

La figura del caballero errante se inspiraba en modelos que ofrecía la realidad contemporánea, entre ellos el que constituía el noble segundón que, a causa de un rígido sistema de transmisión patrimonial basado en la primogenitura, carecía de posesiones propias. Esta nobleza sin tierras, sometida a un largo período de soltería e inestabilidad, iniciaba un largo

and Chrétien de Troyes, Columbia University Press, Nueva York, 1949; L. Maranini, *Personaggi e immagini nell'opera di Chrétien de Troyes*, Cisalpino, Milán, 1966; A. Micha, *La tradition manuscrite des romans de Chrétien de Troyes*, Droz, Ginebra, 1976; L. T. Topsfield, *Chrétien de Troyes. A Study of the Arthurian Romances*, Cambridge University Press, Cambridge, 1972; Z. P. Zaddy, *Chrétien Studies: Problems of Form and Meaning in Erec, Yvain, Cligès and the Charrete*, Glasgow University Press, Glasgow, 1973. Más referencias se pueden encontrar en D. Kelly, *Chrétien de Troyes: an analytic bibliography*, Grant & Cutler, 1976.

2 Sin desdeñar las filiaciones que se puedan establecer entre la obra de Chrétien y la concepción cíclica de los romances artúricos en prosa, es en el denominado *roman* posclásico en verso donde más fácilmente se aprecia la fidelidad a los cauces establecidos por la obra del escritor de Champaña. Vid. B. Schmolke-Hasselmann, *The Evolution of Arthurian Romance. The Verse Tradition from Chrétien to Froissart*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998 (1ª ed. 1980); M.-L. Chênerie, *Le chevalier errant dans le roman arthurien en vers des XII^e et XIII^e siècles*, Droz, Ginebra, 1986; V. Cirlot, "La estética postclásica en los romances artúricos en verso del siglo XIII", en *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, Quaderns Crema, Barcelona, 1991, t. IV, pp. 381-400; A. Micha, "Miscellaneous French Romances in Verse", en R. S. Loomis (coord.), *Arthurian Literature in the Middle Ages. A Collaborative History*, Oxford University Press, Oxford, 1959, pp. 358-392.

4 J. Marx, "Quelques observations sur la formation de la notion de chevalier errant", *Études Celtiques*, XI (1966-1967), pp. 344-351; R. W. Hanning, "The Social Significance of Twelfth-Century Chivalric Romance", *Medievalia et Humanistica*, III (1972), pp. 3-29; Ph. Ménard, "Le chevalier errant dans la littérature arthurienne. Recherches sur les raisons du départ et de l'errance", *Senefiance*, II (1976), pp. 289-311; E. Vinaver, "The Questing Knight", en M. W. McCune - T. Orbison y P. W. Withim (eds.), *The Binding of the Proteus: Perspectives on Myth and the Literary Process*, Bucknell University Press, Lewisburg / Londres, 1980, pp. 126-140; Chênerie, *Le chevalier errant*, pp. 7-55.

5 Chrétien de Troyes, *Erec et Enide*, ed. de J.-M. Fritz, Librairie Générale Française, París, 1992, vv. 2430-2573. Sobre esta pareja de contrarios como principio estructural de las obras de Chrétien, vid. D. Kelly, "Fin'amors and recreantise in Chrétien's *Erec et Enide*", *Bulletin Bibliographique de la Société Internationale Arthurienne*, XXI (1969), p. 141.

6 M.-L. Chênerie, por ejemplo, destaca la dimensión de héroe civilizador que adopta el caballero errante (Chênerie, *Le chevalier errant*, p. 504).

peregrinaje pautado por la participación en torneos y justas, que, aunque no exentos de riesgos, se convirtieron en una eficaz manera de conseguir, en caso de éxito, el patrimonio que les permitiese alcanzar la deseada estabilidad⁷. Sin embargo, el caballero de los *romans* sobrepasaba, con su carga idealizante, la coyuntura económico-social que ofrecían los nobles segundones. En su figura se condensa toda una serie, no ya de aspiraciones de clase, sino de novedosas estructuras mentales, consolidadas en la encrucijada del siglo XII.

El que se conoce con el nombre de Renacimiento del siglo XII⁸ constituye la gran eclosión de la cultura del Occidente medieval europeo, esplendor de la civilización feudal y primer paso hacia la superación de esas mismas estructuras feudales. El despertar económico y demográfico, acompañado por una profunda renovación intelectual, cambió, en buena medida, la manera de percibir el mundo, heredada de la Alta Edad Media, y marcó el camino a seguir en las centurias del otoño medieval. El surgimiento de la literatura cortés, en la que se inscriben un género como el del *roman* y un autor como Chrétien de Troyes, no sería sino un ejemplo más de un inmenso cambio de coordenadas. En el marco de esta coyuntura varios aspectos merecen nuestra atención. Por una parte, la renovación espiritual que se inicia en el siglo XI y que, tras consolidarse en el XII, había de desembocar en las convulsiones de los siglos posteriores, en las que la crisis del sistema feudal se entremezcla con la amenaza de las herejías y el temor a los sectores excluidos de unas estructuras sociales en continuo cambio⁹.

Entre las múltiples manifestaciones de la renovación espiritual de esos años -superación del monaquismo feudal, reconocimiento de la naturaleza humana de Cristo, retorno a la pureza evangélica, movimientos eremíticos, apertura de la espiritualidad a los laicos...- destaca la interiorización de la experiencia religiosa, que es paralela al surgimiento de la conciencia individual. En efecto, no resulta difícil comprobar cómo, a medida que se destensan los estrechos lazos de vinculación mutua que sustentaban el sistema vasallático feudal, se afirma el valor de un incipiente individualismo que favorece el desarrollo de la propia conciencia. En el aspecto religioso esta evolución se traduce en la búsqueda de experiencias personales -como la soledad del eremitorio-, en la promoción del arrepentimiento como clave sobre la que se sustentaba el sistema de remisión de los pecados¹⁰ y en la exploración de la propia

7 La figura del noble segundón, como antecedente del caballero errante, ha sido estudiada por G. Duby, del que destacan sus trabajos reunidos en *Hombres et structures au Moyen Âge*, Mouton, París, 1973, especialmente "Les «jeunes» dans la société aristocratique dans la France du Nord-Ouest au XII^e siècle". Vid., asimismo, E. Köhler, *La aventura caballeresca. Ideal y realidad en la narrativa cortés*, Sirmio, Barcelona, 1990 (1^a ed. 1956), pp. 63-64.

8 Ch. H. Haskins, *La rinascita del dodicesimo secolo*, Il Mulino, Bolonia, 1972 (1^a ed. 1927); R. L. Benson, G. Constable y C. D. Lanham (eds.), *Renaissance and Renewal in the Twelfth Century*, Clarendon Press, Oxford, 1985 (1^a ed. 1982).

9 Para la renovación espiritual del siglo XII, vid. G. Constable "Renewal and Reform in Religious Life. Concepts and Realities", en Benson - Constable y Lanham, *Renaissance et Renewal in the Twelfth Century*, pp. 37-67; Ídem, *The Reformation of the Twelfth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996; Ídem, "The Diversity of Religious Life and Acceptance of Social Pluralism in the Twelfth Century", en *Culture and Spirituality in Medieval Europe*, Variorum, Aldershot (Hampshire), 1996, VIII, pp. 29-47; A. Vauchez, *A espiritualidade da Idade Média Ocidental. Sec. VII-XIII*, Editorial Estampa, Lisboa, 1995 (1^a ed. 1975).

10 M. - D. Chenu, *L'éveil de la conscience dans la civilisation médiévale*, (Conférence Albert-le-Grand, 1968), Montreal / París, 1969. El estudio fundamental sobre el arrepentimiento y su utilización como motivo literario se debe a Ph. Ménard, *Le motif du repentir dans la littérature Française médiévale (des origines à 1230)*, Droz, Ginebra, 1968.

conciencia espiritual a través de la meditación y el viaje interior¹¹. Todo ello presidido por la consideración de la vida como camino que había de conducir al hombre, al *homo viator*, hacia la meta de la salvación.

Esta nueva valoración de lo individual estaría en la base del caballero errante¹². Su partida no deja de ser un ejercicio de individualismo, aun cuando el código ético que rige su conducta le impone el servicio a los débiles y aun cuando sus proezas redundan en el prestigio de la corte y en el bien de toda la comunidad. Sin embargo, el interés particular suele ser la causa inmediata que origina muchas de las *questes*: Erec sale a los caminos para lavar su honor maltrecho tras la acusación de *recreantise*, de la misma manera que Lanzarote acude a Gorre, no a liberar a los cautivos del reino de Logres, sino a rescatar a su amada¹³. La importancia del valor guerrero individual, ajeno a toda consideración altruista, se refleja en la etiqueta de mejor caballero del reino o del mundo que, sucesivamente, merecen los diferentes héroes de la materia artúrica¹⁴. Por lo demás, el abandono de los ámbitos de sociabilidad, representados por la corte, y el gusto por la *errance* solitaria marcan una evidente distancia respecto a una sociedad gregaria que, según una acertada descripción de G. Duby, se estructuraba en grumos¹⁵. También desde el punto de vista religioso los caballeros errantes eran objeto de sospecha por el desarraigo que producía esa búsqueda continua de los bosques y demás espacios solitarios, en los que habitaban las fuerzas del mal¹⁶.

11 La soledad interior, además, permitía combatir las experiencias eremiticas, que a menudo se escapaban al control de la Iglesia y que, por lo tanto, no estaban libres de sospecha. De San Bernardo de Claraval, uno de los reformadores que con más energía rechazó la vivencia religiosa basada en la soledad física, se cuenta que en el curso de un viaje, sumido como iba en sus meditaciones, no se dio cuenta de que una parte del trayecto había transcurrido por las orillas del lago Lemán (A. Gurevich, *Las categorías de la cultura medieval*, Taurus, Madrid, 1990 (1ª ed. Moscú, 1984), p. 84; R. S. Benson, "Consciousness of Self", en Benson - Constable y Lanham, *Renaissance et Renewal in the Twelfth Century*, pp. 268-269; G. Constable, *The Reformation of the Twelfth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, pp. 266-267 y "The Ideal of Inner Solitude in the Twelfth Century", en *Culture and Spirituality in Medieval Europe*, Variorum, Aldershot, 1996, XI, pp. 30-31). Por lo demás, sobre el ensimismamiento construye Chrétien un conocido episodio de *Le Chevalier de la Charrette*, que será origen de todo un tópico en la literatura artúrica. Camino de Gorre, Lanzarote cabalga sumido en sus pensamientos sobre la reina Ginebra, cuando su caballo lo lleva hasta un vado custodiado por un caballero. Éste le da el alto, pero Lanzarote permanece ajeno a lo que sucede a su alrededor, por lo que es finalmente derribado (Chrétien de Troyes, *Le Chevalier de la Charrette ou le roman de Lancelot*, ed. de Ch. Méla, Librairie Générale Française, París, 1992, vv. 710-794).

12 Bezzola, *Le sens de l'aventure*, p. 83. Un análisis en el marco de la narrativa del siglo XII en R. W. Hanning, *The Individual in Twelfth-Century Romance*, University Press, New Haven, 1977.

13 Las intenciones de Lanzarote se explicitan en una declaración al rey Baudemagus: «- Et je vois molt bien esperant / quel chose vos alez querant, / la reïne, ce croi, querez. / - Sire, fet il, bien esperez, autres besoinz ça ne me m'amainne.» (*Charrette*, vv. 3343-3347). Por su parte, Auerbach, a partir del relato que hace Calogrenant al comienzo de *Le Chevalier au Lion* (Chrétien de Troyes, *Le Chevalier au Lion (Yvain)*, edición de M. Roques, C.F.M.A., Honoré Champion, París, 1963, vv. 175 y ss.), incide en la falta de motivación de la aventura caballeresca. Esta búsqueda de aventuras (vid. *Yvain*, v. 177), carente en apariencia de motivación, la contraponc a la función política que asumía el *ethos* feudal del cantar de gesta (E. Auerbach, *Mimesis: la realidad en la literatura*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, p. 130).

14 A pesar de las matizaciones de M.-L. Chêneric, ("Tristan et Lancelot chevaliers errants", en J. Dufournet (ed.), *Nouvelles recherches sur le 'Tristan en prose'*, Honoré Champion, París, 1990, p. 57), quien considera que la fama de mejor caballero del mundo no es obedece a un afán de egoísmo o es fruto de los celos entre caballeros, sino que se «confond avec l'honneur d'une belle cause et celui d'un groupe prestigieux, auquel Arthus lui-même doit sa célébrité». Vid. asimismo, Chêneric, *Le chevalier errant*, p. 407.

15 G. Duby, *Guillermo el Mariscal*, Alianza Editorial, Madrid, 1995 (1ª ed. 1984), p. 85.

16 J. Le Goff, "El desierto y el bosque en el Occidente medieval", en *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occi-*

La *queste* suponía un nuevo motivo de ruptura, esta vez desde el punto de vista de la actitud hacia el tiempo. Así, la aventura, cuya búsqueda daba sentido a toda *queste*, implicaba una perspectiva orientada hacia el futuro, que se refleja incluso en la etimología del término¹⁷, a la vez que ponía al caballero ante las alternativas variables del azar y de lo imprevisto. Este segundo factor explica la valoración ambigua que, al respecto, adoptan los *romans*, ya que la aventura puede ser motivo tanto de desgracia como de gratificación¹⁸. Durante la *queste*, por lo tanto, el caballero se somete a una serie de indeterminaciones: causal, espacial -de acuerdo con el tópico de la *errance* sin rumbo fijo- y, no menos importante, temporal. En este último aspecto, la orientación hacia el porvenir de la aventura configura una peripecia en la que los acontecimientos se disponen en sucesividad abierta, en el marco de una ordenación lineal.

Las consideraciones anteriores descubren las innovaciones que asumió la figura del caballero errante, forjada por Chrétien, en el plano de las concepciones temporales¹⁹. Por un lado, la apertura hacia el futuro, así como el carácter ambivalente de los sucesos que llegan a través de la aventura, rompen con el temor que suscitaba el porvenir en la Edad Media, consustancial al pesimismo con que se contemplaba el devenir de los tiempos²⁰. El sentido de decadencia del mundo se vinculaba a la visión cristiana, según la cual el pecado original había separado al hombre de la divinidad y, tras provocar su caída, lo había sumido en un proceso de degeneración. La idea de que el mundo sólo podía ir a peor -por lo demás, presente en la cultura pagana, según demuestra el mito de la Edad de Oro-, se conjugaba con la creencia en la vejez del mundo, en el fondo una manifestación más de decadencia. Las reservas que generaba el futuro propiciaban el repliegue de la sociedad medieval, no ya por medio de la creación de un pasado idealizado, sino mediante el mantenimiento respetuoso de las costumbres.

La veneración de las leyes consuetudinarias desembocaba en la disposición temporal circular que impregnaba la mentalidad medieval y que descubriremos más adelante en los *romans* de Chrétien. De un modo más amplio, tal estructura es propia de las culturas arcaicas y pervivió durante buena parte de la Edad Media²¹. Su sustitución por una visión lineal vino de la mano del Cristianismo, el cual, por otra parte, no fue capaz de liberarse de la estructura

dente medieval, Gedisa, Barcelona, 1991 (1ª ed. 1985), pp. 25-39; B. Gercemek, "El marginado", en J. Le Goff (coord.), *El hombre medieval*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, pp. 361-366.

17 El vocablo *aventura* procede de la forma VENTURA ("lo por venir"), derivado del verbo VENIRE (J. Corominas - J. A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Gredos, Madrid, 1983, t. V, s.v. *venir*).

18 Köhler, *La aventura caballeresca*, pp. 62-82.

19 Para las concepciones temporales en los *romans* de Chrétien, vid. Ch. Méla, "Le temps et la durée dans les romans de Chrétien de Troyes", *Le Moyen Âge*, LXXIII (1967), pp. 375-401; E. Baumgartner, "Temps linéaire, temps circulaire et écriture romanesque (XII^e - XIII^e siècles)", en *De l'histoire de Troie au livre du Graal. Le temps, le récit (XII^e - XIII^e siècles)*, Paradigme, Orléans, 1994, pp. 415-429.

20 J. Le Goff, *La civilización del Occidente medieval*, Paidós, Barcelona, 1999 (1ª ed. 1964), pp. 144-145; G. Constable, "Past and Present in the Eleventh and Twelfth Centuries", en *Culture and Spirituality in Medieval Europe*, IV, p. 159.

21 M. Eliade, *El mito del eterno retorno: arquetipos y repetición*, Alianza Editorial, Madrid, 1972. Para la pervivencia de la estructura temporal circular, así como otras concepciones sobre el tiempo en la Edad Media, vid. Guriévich, A., *Las categorías de la cultura medieval*, Taurus, Madrid, 1990, pp. 114-180. La temporalidad lineal, en cambio, se asocia con la dimensión escatológica del universo (D. Maddox, "The Semiosis of Assimilatio in Medieval Models of Time", *Style*, XX (1986), p. 253).

en círculo²². En efecto, la religión cristiana establecía que el mundo creado tenía principio y final, devenir conformado por una sucesión de momentos irrepitibles que se insertaba en el infinito contexto de la eternidad, donde el tiempo no existía. A su vez, este tiempo del mundo, organizado entre los polos de la Creación y el Juicio Final, se articulaba en torno a un punto central, considerado el momento de mayor esplendor de la historia, que estaba constituido por la Encarnación de Cristo. Se consolidó, de este modo, la configuración de la Historia a través de una serie de épocas o edades, marcadas por el dominio de imperios sucesivos, que, sin embargo, y como demuestra su equiparación con las etapas de la vida del hombre, no se sustraían a la idea de decadencia²³. En efecto, los hombres de la época feudal creían vivir en la última etapa del mundo, en plena decrepitud, mientras contemplaban el fin de la Historia.

El tiempo del Cristianismo, sin embargo, derivó hacia una adaptación de ambos esquemas, lineal y circular. De este modo, por debajo de la perspectiva de principio y final, circunscrita al plano abstracto y genérico de la escatología, se insertaba una temporalidad más concreta, regida por esquemas circulares inmediatos. Así, la liturgia se apropió del antiguo calendario agrario pagano, adaptando sus celebraciones al ritmo de las estaciones, al igual que sucedió con la sucesión cíclica de los días y las noches. En este último caso, las horas eran el exponente del monopolio que sobre el tiempo había asumido la Iglesia, ya que se establecían según los oficios litúrgicos diarios y se marcaban desde los campanarios²⁴.

Linealidad y circularidad convivieron durante buena parte de la Edad Media, si bien se aprecia cómo hacia el siglo XII, justo la época que tratamos, la primera comienza a imponerse sobre la segunda²⁵. Varios indicios se pueden considerar manifestaciones de este cambio. Por una parte, el interés por las indagaciones del pasado, que se refleja en el esplendor que en esta época alcanza la historiografía²⁶. Por otra, la composición de obras historiográficas

22 Así, ya San Agustín negaba la concepción circular del tiempo (Maddox, "The Semiosis", p. 252).

23 El origen de este tipo de periodización, basada en la sucesión de imperios, se remontaba al Comentario al sueño de Daniel que compuso Orosio. La dominación de diferentes pueblos suponía la introducción, dentro de la linealidad del devenir histórico, del esquema circular, ya que todos ellos repetían un rígido proceso de ascenso, esplendor y ocaso (Le Goff, *La civilización*, p. 147 y "Algunas observaciones sobre cuerpo e ideología en el Occidente medieval", en *Lo maravilloso y lo cotidiano*, p. 41).

24 Para la dualidad temporal resultante, a partir del monopolio eclesiástico, vid. D. S. Landes, *Revolution in Time. Clocks and the Making of the Modern World*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1983; T. Gregory, "Temps astrologique et temps chrétien", en *Le temps chrétien: de la fin de l'Antiquité au Moyen Âge, III^e-XIII^e. Colloque International du C.N.R.S.*, Paris, 1984, pp. 557-573; Ph. Walters, *La mémoire du temps: fêtes et calendriers de Chrétien de Troyes à la Mort Artu*, Honoré Champion, Paris, 1989; E. Biemont, *Rhythmes du temps. Astronomie et calendrier*, De Boeck, Bruselas, 1999; J. Chelini, *Le calendrier chrétien*, Picard, Paris, 1999; J. Le Goff, "L'Occident médiéval et le temps", en *Pour un autre Moyen Âge*, Gallimard, Paris, 1999, pp. 403-420.

25 No quiere esto decir que la circularidad, que ha conseguido sobrevivir hasta hoy en día, desapareciera de ciertos ámbitos, entre ellos, el folclore y la temporalidad inmediata (Constable, "Past and Present", pp. 155-156).

26 Al margen de que circunstancias concretas coadyuvasen a este desarrollo de la historiografía. P. Classen, por ejemplo, considera que tres grandes acontecimientos políticos impulsaron en la Europa del siglo XII el cultivo de este género: la fundación del estado anglo-normando, las cruzadas y, en Italia, el surgimiento del *comune* (P. Classen, "Res Gestae, Universal History, Apocalypse. Visions of Past and Future", en Benson - Constable y Lanham, *Renaissance and Renewal*, pp. 387-388). Sin embargo, en general el naciente interés por este tipo de obras se vincula a un sentimiento de orgullo de los diferentes pueblos por su pasado, que, desde una perspectiva política, posiblemente se vincule con el reforzamiento del poder real (Constable, "Past and Present", p. 141).

en las que el pasado se articula a través de un continuo que enlaza los tiempos más remotos de un pueblo -que, bajo una perspectiva cristiana, conduce al instante mismo de la Creación- con el momento presente. Esta tendencia, representada por el género cronístico, culminaría en las grandes *summae* historiográficas del siglo XIII²⁷. Como consecuencia de la ruptura de la circularidad, se mitigó el recelo hacia el futuro y las novedades, según desvela el estudio semántico de los términos que indicaban innovación, como *novus* o *modernus* y sus respectivos derivados²⁸. El orgullo con que los autores *moderni* del siglo XII esgrimen este nombre frente a los *antiqui* que les precedieron, sería sintomático de este cambio²⁹. En este clima crecientemente favorable es donde se inserta la figura del caballero errante, dispuesto a romper con la cerrazón temporal y a partir al encuentro del porvenir³⁰.

Chrétien sitúa sus *romans* en un contexto al margen de las contingencias políticas que para el reinado de Arturo describía la tradición historiográfica que había forjado la *Historia Regum Britanniae*³¹. La aparente atemporalidad que reina en sus obras no constituía una novedad; antes al contrario, se mostraba continuadora de las múltiples tradiciones folclóricas y legendarias sobre Arturo que circulaban por Gran Bretaña y Armórica. Pero, aun cuando el propio Chrétien corrobora tal aserto, al admitir que varios de sus relatos se basan en historias previas³², este corte sincrónico en el devenir histórico de la isla de Bretaña adquiere una nueva dimensión en las obras del champañés³³. La atemporalidad creada otorga nueva funcionalidad a la institución de la costumbre, encargada de marcar el no-paso del tiempo a través de la fijación y la repetición. No obstante, el funcionamiento de la sociedad artúrica surge de la relación dialéctica entre la conservación de este inmovilismo y su ruptura por medio de las aventuras, necesarias para el mantenimiento de la *proesse* y el prestigio³⁴. Sería el esfuerzo por restablecer el equilibrio perdido el que otorgaría una dimensión heroica al

27 Así, a título de ejemplo, merecen destacarse la asunción del pasado carolingio por la historiografía francesa o las épocas celta y sajona por los historiadores de la Inglaterra anglonormanda. De todas formas la sucesión de pueblos en el devenir histórico no estaba exenta de una visión cíclica, según la cual, todo pueblo seguía una trayectoria de auge, esplendor y decadencia, hasta ser sustituido por una nueva nación, más pujante. En la historiografía inglesa, el ejemplo más claro de esta concepción lo constituye la *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth, compuesta CA. 1138 (R. W. Hanning, *The Vision of History in Early Britain, from Gildas to Geoffrey of Monmouth*, Columbia University Press, Nueva York, 1966; R. W. Lockie, *The Passage of Dominion. Geoffrey of Monmouth and the Periodization of Insular History in the Twelfth Century*, University of Toronto Press, Toronto / Buffalo / Londres, 1981).

28 Le Goff, *La civilización*, p. 149; Constable, "Past and Present", pp. 160-163.

29 E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1989 (1ª ed. 1948), pp. 354-361.

30 A este respecto, P. Zumthor establece como los tres rasgos definitorios de la caballería la horizontalidad y el caminar, la apertura y el descubrimiento y, por último, el carácter ilimitado e imprevisible (P. Zumthor, *La medida del mundo. Representación del espacio en la Edad Media*, Cátedra, Madrid, 1994, p. 197).

31 En esta obra se dice que, después de que Arturo derrotase a los sajones, el reino gozó de doce años de paz. En este período se situarían las aventuras novelescas de los *romans* de Chrétien (*The Historia Regum Britanniae of Geoffrey de Monmouth. I, Bern, Burgerbibliothek, MS. 568*, ed. de N. Wright, D. S. Brewer, Cambridge, 1996, caps. 153-154, p. 107).

32 Chrétien de Troyes, *Le roman de Perceval ou le conte du graal*, ed. de W. Roach, Droz - Minard, Ginebra - París, 1959, vv. 61-67; *Erec et Enide*, vv. 13-22; *Le Chevalier de la Charrette*, vv. 24-27.

33 La atemporalidad de los *romans* de Chrétien se manifiesta en la ausencia de un tiempo general, que se ve sustituido por un tiempo particular para cada personaje. De este modo, aunque los personajes de sus obras se muevan por el tiempo, el universo artúrico permanece estático (Guriévich, *Las categorías*, pp. 162-163).

34 Bezzola, *Le sens de l'aventure*, p. 96.

mundo artúrico. Su heroísmo, en fin, llega al punto de romper la armonía para lanzarse a la búsqueda compulsiva del orden perdido³⁵.

El conflicto entre armonía y subversión establece, como principio constructivo del *roman* artúrico creado por Chrétien, la polaridad entre dos cronotopos con reglas temporales diferentes, que actúan como sendos ámbitos de acción: la corte y el bosque³⁶. El primero se configura como un espacio volcado sobre sí mismo, según simbolizan el ámbito cerrado de la sala donde Arturo se reúne con sus caballeros y los muros del castillo que la circunda. El segundo constituye un espacio abierto, de concepción lineal prolongable *ad infinitum*, característica esta que se acentúa en el último relato de Chrétien, el *Perceval*, en el que el desarrollo de la *queste* del protagonista abarca un tiempo diegético de varios años. La disposición espacial encuentra su correlato en la concepción temporal de cada uno de estos dos cronotopos. El ámbito de la corte, caracterizado por su voluntad inmovilista y su disposición circular, fijo en sus estructuras y abocado a la ritualización, se vincula con el mantenimiento de las costumbres. La institución definida por este término, que, por lo demás, no estaba libre de consideraciones ambiguas³⁷, se erige así en el pilar fundamental sobre el que se sustentaba la sociedad artúrica. A través de la costumbre, el pasado se actualiza en una presentización continua; la memoria de los antepasados y de los hechos pretéritos se configura, de este modo, como un eficaz medio de cerrazón temporal, en el sentido de que imponen una mirada retrospectiva, en tanto establecen una estructura circular. Así, en el *Roman de Brut* Robert Wace, datado en 1155, se expresaba, por boca del propio Arturo, la obligatoriedad de mantener de las costumbres y las incertidumbres que se derivan de este a toda costa:

«L'usage Pandragon, mon pere,
Qui fu droiz rois et anperere,
Doi je garder et maintenir,
Que que il m'an doie avenir»³⁸.

35 A partir de esta situación se crea el tópico de la aventura o maravilla que irrumpe en la corte mientras Arturo come con sus caballeros. En *Erec et Enide* el rey decide salir a buscar la aventura, que será la caza del ciervo blanco. En los *romans* de finales del siglo XII y del XIII se forja el motivo según el cual el monarca no empieza a comer hasta que no acontece alguna aventura (A. Guirreau-Jalabert, *Index des motifs narratifs dans les romans arthuriens français en vers (XII^e-XIII^e siècles)*, Droz, Ginebra, 1992, motivo M 151, pp. 132 y 370).

36 Para este concepto en la novela caballerescas, vid. M. Bajtin, *Teoría y estética de la novela*, Taurus, Madrid, 1989 (1^a ed. 1975), pp. 303-310, donde, sin embargo, sólo reconoce el cronotopo del camino, ligado a la aventura y lo maravilloso. Este último aspecto, por lo demás, acota un espacio propio en el que, como una manifestación más de lo sobrenatural, no rigen las leyes temporales. Finalmente, Bajtin establece como cronotopo específico de la novela «un mundo milagroso en el tiempo de la aventura» (*Ibid.*, p. 306). Las implicaciones ideológicas de este planteamiento dentro de la trifuncionalidad feudal, en G. Duby, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Taurus, Madrid, 1998 (1^a ed. 1978), pp. 395-397. Por su parte, y al hilo de lo que se acaba de exponer, Chenu observa que en un mismo texto pueden coexistir las temporalidades circular y lineal (M.-D. Chenu, "Theology and the New Awareness of History", en J. Taylor - L. K. Little (eds.), *Nature, Man, and Society in the Twelfth Century: Essays on New Theological Perspectives in the Latin West*, University of Chicago Press, Chicago, 1968, pp. 162-165).

37 No en vano, las malas costumbres son uno de los elementos a combatir por parte de los caballeros. Vid. al respecto E. Köhler, *La aventura caballerescas*, p. 19 y "Le rôle de la «coutume» dans les romans de Chrétien de Troyes", *Romania*, LXXXI (1960), pp. 392-393.

38 Robert Wace, *Roman de Brut*, edición de I. Arnold. S.A.T.F., París, 1938, vv. 1811-1814.

Las similitudes de los versos anteriores con un pasaje de *Erec et Enide* reflejan, al margen de posibles deudas textuales, la permanencia de una misma conceptualización en lo que se refiere a la institución de la costumbre:

«Ne je ne vuil pas que remaigne
La costume ne li usages
Que suet maintenir mes lignages.
De ce vos devoit il peser,
Se je [or] voloie eslever
Autres costumes, autres lois,
Que ne tint mes peres li rois.
L'usage Pendragon, mon pere,
Qui fu droiz rois et emperere,
Doi je garder et maintenir,
Que qu[e] il m'en doie avenir»³⁹.

El conocido episodio de la caza del ciervo blanco resulta no menos sintomático al hilo de las consideraciones anteriores⁴⁰. Arturo decide organizar la partida de caza impelido por el ejemplo que le ofrecían sus antecesores, a pesar de las advertencias de su sobrino Galván, que sabe del peligro que entraña una competición de este tipo. La única razón que aduce el rey, para emprender tal empresa es que «il voloit le blanc cerf chacier / Por la costume res-saucier»⁴¹. La obligación de cumplir con la costumbre ritualizada impone una revisitación constante, devenida en litúrgica, que permite la comunión con el pasado, con una función similar a la que desempeñan otras fiestas del calendario, tanto cristiano como pagano. La certeza de lo conocido gira así en un círculo atemporal, en un eterno retorno que, si acaso, sólo puede progresar en el sentido de una espiral.

Las marcas de temporalidad que despliega el ámbito de la corte acentúan la sensación de repetición. Tal vez la más importante para la configuración de este cronotopo sea la fiesta en la que Arturo celebra cortes y con la que suelen comenzar los *romans*: en *Erec et Enide* tiene lugar «un jor de Pasques, au tens novel» (v. 27); en *Le Chevalier au Lion*, «cele feste qui tant coste, / qu'an doit clamer la Pantecoste» (vv. 4-6); y en *Le Chevalier de la Charrette*, «a une Acenssion» (v. 30). Pero incluso cuando desde la corte se promociona la realización de una aventura, se suele fijar un término de vencimiento que garantice el regreso del caballero que va a partir. Así se establece una estructura de tiempo que, en el fondo, funciona circularmente y que permite el retorno del caballero errante en la estructura cerrada que asegura la corte. De este modo, en *Le Chevalier au Lion*, Laudine hace prometer a Yvain, que marcha en

39 *Erec et Enide*, vv. 1800-1810.

40 Vid. Bezzola, *Le sens de l'aventure*, pp. 95-96.

41 *Erec et Enide*, vv. 37-38. He aquí las advertencias de Galván: «... de ceste chace / N'avroiz vos ja ne gré ne grace / (...) Maus en porroit avenir granz» (vv. 41-49). Hay que tener en cuenta, además, que un poco más abajo Arturo añade que «Irons chacier le blanc cerf tuit / En la forest aventureuse / Ceste chace est mout merveillouse» (v. 66). De esta manera se entiende que las prevenciones de Galván no van dirigidas, en última instancia, contra el restablecimiento de la costumbre, sino contra las consecuencias inciertas derivadas de la aventura subsiguiente. Se reafirma así el temor ante lo imprevisto de la corte de Arturo, de la que Galván es el portavoz.

compañía de Galván, que estará de regreso en el plazo de un año⁴². La ruptura del esquema circular suele provocar la inquietud en la corte, que llega a renunciar a su estabilidad y salir en busca del caballero en salvaguarda de la estructura deshecha⁴³. Todos estos elementos - traslado de la corte al ámbito de la aventura, como es el bosque, e intentos de reintegración del caballero- se condensan en un pasaje de *Erec et Enide*. Durante su *errance*, el protagonista encuentra a la corte de Arturo, que instalaba sus pabellones en medio del bosque, pero rechaza los ofrecimientos de hospitalidad de Keu y Galván. La insistencia del sobrino del rey consigue que Erec pernocte entre ellos, aunque de ningún modo accede a detenerse quince días, como pretendía Arturo⁴⁴.

De todas formas, cuando el rey y su compañía abandonan la cerrazón simbólica de los muros del castillo, no lo hacen para penetrar en un cronotopo que les es ajeno. Antes bien, lo que sucede es que el cronotopo de la corte se desplaza, compacto, llevando consigo sus coordenadas ideológicas y espacio-temporales, que en ningún momento se confunden con las que rigen en el ámbito de la aventura. De este modo, se explica el episodio del *Perceval* (vv. 4137 y ss.) en el que Arturo decide salir en busca del protagonista, tras las proezas que éste ha realizado en Belrepaire: el rey y la reina parten seguidos de sus respectivos séquitos de caballeros, pajes y doncellas, que cargan con un embarazoso equipaje compuesto por sábanas, cobertores, almohadas, cofres y maletas, cargados a su vez en carretas y carros; de manera que la corte se hace ambulante, pero no se despoja de sus elementos constitutivos. La diferencia entre la salida de los caballeros errantes y la que efectúan el monarca y sus cortesanos se reafirma, además, en los espacios físicos por los que discurren unos y otros, ya que, fiel a su vocación de estabilidad, la corte procura establecer su lugar de descanso en el espacio abierto de un prado: «une praerie / les une forest sont logié»⁴⁵. Incluso cuando se interna en el bosque, consigue imponer su estabilidad cronológica con plazos largos: «En la forest voloit li rois / demorer quatre jors ou trois» (*Erec et Enide*, vv. 3939-3940).

Según demuestran las observaciones anteriores, contra la tendencia centrífuga que anida en los caballeros, la corte actúa como fuerza centrípeta, que busca reintegrar a los individuos que rompen su circularidad. Dos indicios reflejan la fuerza de atracción que ejerce este cronotopo. Por un lado, los deseos de Arturo de asimilar a su entorno al mayor número de caballeros posible⁴⁶, según se expresa en el episodio de las gotas de sangre en la nieve, en el que ordena sucesivamente a Sagremor, Keu y Galván que reintegren a Perceval (*Perceval*,

42 Para más seguridad, la fecha de referencia la establece una fiesta del calendario cristiano: «tu devoies revenir / a ma dame jusqu'a un an: / jusqu'a la feste de saint Jehan / te dona etc de respit / (...) Ma dame en sa chanbre poinz a / trestoz les jorz et toz les tans» (*Yvain*, v. 2750-2757).

43 Es lo que sucede en *Le Chevalier de la Charrette*, cuando desde la corte de Bademagus salen caballeros en busca de Lanzarote, que había desaparecido no lejos de la Pont desoz Eve (*Charrette*, vv. 5200-5236). Más ambiguo es el pasaje de *Le Chevalier au Lion* en el que Arturo se desplaza hasta la fuente de Barenton. El rey había decidido acudir al lugar antes de la partida de Yvain. Sin embargo, una vez allí, no puede por menos que surgir la pregunta ante la suerte que ha corrido el hijo de Urien: «Por Deu, qu'est ore devenuz / mes sire Yvains, qui n'est venuz, / qui se vanta après mangier / qu'il iroit son cousin vangier?» (*Yvain*, vv. 2181-2184).

44 *Erec et Enide*, vv. 4006-4283.

45 *Perceval*, vv. 4160-4161.

46 B. Schmolke-Haselmann, *The Evolution of Arthurian Romance. The Verse Tradition from Chrétien to Froissart*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998. Así se explica la contrariedad de Arturo, al comienzo del *Perceval*, por la ausencia de varios de sus caballeros (*Perceval*, vv. 853-858).

4228-4608). Por otro, el temor que embarga a la corte ante la partida de alguno de sus miembros, no sólo por el peligro al que se expone, sino por la amenaza que supone la ruptura de la siempre protectora cerrazón circular. Véanse, al respecto, los lamentos de los cortesanos en el *Perceval*, con ocasión de la partida de Galván a Montesclaires (*Perceval*, vv. 4812-4815), el miedo que, en *Le Chevalier de la Charrette*, suscita la salida de Keu y la reina al encuentro de Meleagant (*Lancelot*, vv. 118-119) o las manifestaciones de dolor que surgen cuando Erec decide rechazar los ofrecimientos de hospitalidad -y reintegración-, para continuar su *errance* (*Erec et Enide*, vv. 4285-4286).

Cuando la reintegración se produce, se lleva a cabo por medio de los mecanismos de sociabilidad que pone en práctica el ámbito de la corte, todos ellos ligados, de una u otra forma a la circularidad temporal: por medio de la institución de la hospitalidad -vinculada a la sucesividad de los días y las noches-, por medio de la celebración de torneos y combates judiciales⁴⁷ -cuya organización periódica suele fijar una serie de plazos en el devenir temporal de la corte-, o por medio del calendario cristiano y sus celebraciones -que reflejan una periodicidad anual-⁴⁸. De esta manera la corte se apropia simbólicamente del espacio recorrido por el caballero, si bien lo hace desde su inmovilismo⁴⁹.

Frente al ámbito que se acaba de describir, el cronotopo del camino y la aventura utiliza una terminología que expresa la linealidad temporal que le sirve de principio constructivo. A este respecto destacan, como ya indicamos más arriba, las incertidumbres generadas en el momento de la partida, que a menudo se encargan de explicitar bien el propio caballero, bien los integrantes de la corte:

«“Savez vous quant Erec viendra?”» (*Erec et Enide*, v. 1199); «je vous pri, que qu'il aviegne» (*Ibid.*, 2721); «je revenrai / quant Deu plaira et je porrai» (*Ibid.*, vv. 2753-2754); «Erec s'en va... / ne set quel part, en aventure» (*Ibid.*, vv. 2762-2763).

La linealidad es consustancial a la aprehensión de cada instante vivido como excepcional e irreplicable, de ahí urgencia en la que viven sumidos los caballeros errantes. La *queste* se asemeja, no pocas veces, a una carrera contrarreloj en la que non faltan condicionantes sociales -como la necesidad de reparar una injusticia o la de evitar que se cometa- que justifiquen esta nueva valorización de la dimensión temporal, ávida de consumir los momentos que están por llegar. Así, la marcha infatigable al encuentro de la aventura acabará por apoyarse, dentro de la doctrina caballeresca, en el concepto de *proesse*. La institución que tal vez refleje mejor esta situación sea la de la hospitalidad, respecto a la cual los caballeros mantienen una relación conflictiva, ya que, si bien resulta imprescindible para su deambular errático, se ven obligados a aceptarla sólo en situaciones de verdadera necesidad y por un período de tiempo lo más corto posible. De este equilibrio surgen dos motivos: el del caballero que

47 Este mecanismo, además, sirve para comprobar cómo, gracias a la circularidad, la corte maneja unos plazos temporales amplios, a menudo de un año de duración. Así, el combate entre Lanzarote y Meleagant se aplaza para celebrarse doce meses más tarde en la corte de Arturo (*Lancelot*, vv. 3880-3883), idéntico plazo al que se establece como demora en el combate entre Galván y Guigambresil (*Perceval*, vv. 6164-6165 y 6199-6201). Por último, del torneo de Noauz se dice que se anunció con un amplio margen de tiempo, sin precisar su dimensión exacta (*Lancelot*, 5376-5380).

48 Resulta sintomático que, tras cinco años de *errance* en la que *Perceval* estuvo sumido en el olvido, su reintegración en la sociedad se produzca en una fiesta cristiana -el Viernes Santo-, gracias a la intervención de un cremita (*Perceval*, vv. 6264-6512).

49 Zumthor, *La medida del mundo*, p. 202.

rechaza la hospitalidad que se le ofrece -o, en su defecto, el del que rechaza prolongar una estancia en exceso prolongada-⁵⁰ y, derivado del anterior, el del caballero que promete no dormir dos noches seguidas bajo el mismo techo hasta no terminar una empresa⁵¹.

Por otro lado, la terminología empleada durante la *errance* destaca la importancia que, dentro de la concepción lineal del tiempo, adquieren el espacio y los acontecimientos. Así, estos dos aspectos se utilizan como hitos temporales que jalonan el deambular caballeresco⁵²:

«n'orent pas une liue alee» (*Erec et Enide*, v. 2921); «une jornee tot en tor» (*Ibid.*, v. 3133); «Je alai ier / mout plus que je ne ferai hui. Sire, vos me faites en-nui; / laissez m'aler: de ma jornee / m'avez grant masse destorbee» (*Erec et Enide*, vv. 4130-4134); «jusques vers prime ne finerent, / par la forest tant cheminerent / qu'il oïrent crier mout loing une pucele...» (*Ibid.*, 4303-4306); «Chevauchié ont, des le matin / jusqu'au vespre, le droit chemin, / plus de.xxx. liues galesches, / et viennent devant les bretesches / d'un chastel» (*Ibid.*, vv. 5359-5363); «lor voie ont ansamble tenue / tant que au chastel sont venu...» (*Yvain*, 3100-3101), «l'autre en va / et vet tant que ele trova / la meison» (*Yvain*, vv. 5001-5003), «Puis errerent tant que il virent / un chastel ou li rois Artus / ot demoré quinzainne ou plus» (*Yvain*, vv. 5836-5838); «si com li droiz chemins les mainne / qu'il vient pres d'une fontainne» (*Lancelot*, 1345-1348); «vont par une adresce / tant que la voie lor estrece» (*Ibid.*, 1501-1502); «s'ont jusqu'a none chevalchié / et truevent en un leu molt bel / un mostier» (*Ibid.*, 1836-1838); «cil tant que il fu molt tart / a chevalchié sanz compaignie / Après vespres, androit conplie, / si com il son chemin tenoit, / vit un chevalier qui venoit» (*Ibid.*, 2012-2016); «tant lor voie ansamble tienent / qu'au Passage des Pierres vient / a ore de prime tot droit» (*Ibid.*, 2197-2199); «a tant s'an vont tuit.III. a masse / tant qu'il pot estre none basse. / Vers none un home trouvé ont» (*Ibid.*, 2256-2258); «et quant il ont grant piece alé, / s'ont un escuier ancontré» (*Ibid.*, 2283-2284); «Cel jor ont des la matinee / chevalchié tresqu'a la vespree, / qu'il ne troverent aventure. / Chevalchant molt grant aleüre, / d'une forest molt tart issirent» (*Ibid.*, 2505-2509); «Le droit chemin vont cheminant / tant que li jorz vet declinant, / et vient au Pont de l'Espee / après none, vers la vespree» (*Ibid.*, 3003-3006); «Et chevalcha des le matin / tant que li jors vint a declin. / En la forest cele nuit jut / tant que li clers jors aparut» (*Perceval*, 631-634); «Et li vallés tant chevalcha / qu'il vit un carbonier venant» (*Ibid.*, 834-835); «li vallés sanz nul arest / va chevalchant par la forest» (*Ibid.*,

50 Los ejemplos al respecto son numerosos: *Erec et Enide*, vv. 2664-2671, 2757, 3900-3902, 4006-4009, 4102-4103, 4119-4120, 4130-4134, 4235-4240, 4280-4283, 5098-5108, 5258-5264; *Yvain*, vv. 3937-3945, 4030-4037, 4292-4297; *Lancelot*, vv. 950-954, 2266-2270, 2279, 2474-2476, 3389-3393, 3411-3412; *Perceval*, vv. 1575-1592, 5653-5655, 7613-7623. La resistencia a acogerse a esta institución se debilita una vez que se comprueba que la reintegración es transitoria y que no se corre el peligro de caer en *recreantise*.

51 *Perceval*, vv. 4727-4735. Igual promesa realiza Arturo, cuando decide salir en busca de Perceval (vv. 4737-4743).

52 En cambio la corte impone un cronología basada en la periodicidad, incluso cuando irrumpe en el bosque, ámbito de la aventura por antonomasia, tal y como sucede en *Erec et Enide*: «En la forest voloit li rois / demorer quatre jors ou trois» (*Erec et Enide*, vv. 3939-3940).

1305-1306); «Lors s'est mis es forés soutaines, / (...) et chevalcha tant que il voit / un chastel fort et bien seant» (*Ibid.*, 1703-1707); «Et tote jor sa voie tint, / qu'il n'encontra rien teriène / ne crestien ne crestiene / qui li seüst voie ensaignier / (...) il esgarda une riviere» (*Ibid.*, 2976-2986); «“... hui matin mui / de Biaurepaire; issi a non.” / - “Si m'aït Diex, fait li preudom, / trop grant jornee avez hui faite: / vos meüstes ainz que la gaite / eüst hui main l'aube cornee.” - “Ains estoit ja prime sonee”» (3122-3128); «Et cil tout le sentier s'en va / toz uns esclos, tant qu'il trova» (*Ibid.*, 3691-3692); «Soissante chevaliers de pris / a la cort le roi Artu pris / dedens cinc ans emploia / (...) Au chief des cinc ans si avint / que il par un desert aloit / cheminant si come il soloit / (...) s'a trois chevaliers encontrez» (*Ibid.*, 6233-6242); «Mesire Gavains tant erra, / quant il de la tor eschapa / (...) qu'entre une tierce et miedi / vers une angarde vint errant» (*Ibid.*, 6519-6523); «Einsi chevalchent jusqu'al soir / (...) Ensi s'en va sor le ronchin / par forés gastes et soutaines» (*Ibid.*, 7212-7225).

Los numerosos ejemplos permiten comprobar que la temporalidad de la *errance* se concibe como una línea continua que avanza de manera ininterrumpida, que, por su misma inconcreción, se mide por medio de magnitudes espaciales, y que se rompe allí donde tiene lugar un suceso significativo. Sin embargo, la principal conclusión que se puede extraer al respecto es la de que el sentimiento de incertidumbre impera en este segundo cronotopo, que, por lo mismo, se revela incapaz de manejar las magnitudes temporales cortesanas, cuya amplitud -tanto bajo la mirada retrospectiva que ofrecía la costumbre, como bajo la prospectiva de las celebraciones torneísticas y judiciales- era fruto de la estabilidad. La *queste* de Perceval, por ejemplo, muestra en este sentido una oscilación extrema, que abarca desde períodos cronológicos de varias horas en la primera parte del *roman* homónimo, hasta un paréntesis máximo de cinco años en la segunda (*Perceval*, v. 6234). Tal inestabilidad está producida por la linealidad, siempre abierta⁵³, superadora de la cerrazón circular pesimista y representada por la nueva institución de la aventura.

Según hemos podido observar al hilo de las consideraciones anteriores, la novedad de la propuesta de Chrétien trasciende las propuestas poéticas del género narrativo y permiten una interpretación ideológica, que, no obstante, evita las tentaciones de las explicaciones sociológicas. En tanto que reflejo de los cambios de su época, los *romans* artúricos de Chrétien proponen una mirada hacia el porvenir por medio de la apropiación de la linealidad temporal, encarnación, como ha señalado Calinescu⁵⁴, de las estructuras de pensamiento de la modernidad occidental. Mas, según observa por su parte Lotman⁵⁵, esta visión del tiempo se constituye en precursora del desarrollo del argumento característico de la literatura hasta bien entrado el siglo XX, cuando aún estaba vigente la idea de progreso y la creencia en un horizonte de ideales.

53 Zumthor, *La medida del mundo*, p. 201.

54 M. Calinescu, *Cinco caras de la modernidad: modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, posmodernismo*, Tecnos, Madrid, 1991.

55 J. Lotman, "The Origin of Plot in the Light of Typology", *Poetics Today*, I (1979), pp. 161-184.